

Francisco Serrano

Cuenta de mis muertos

(2006)

*Those who have crossed
with direct eyes, to death's other Kingdom
remember us.*

T.S. Eliot

*Mas yo estoy desvelado en la cuenta de mis
muertos.*

Gilberto Owen

LA ESTACIÓN MÁS CRUEL

1

No sé por qué imagino verdosa la patria de los muertos,
sumergida en un velo de lama, ferruginosa, vítrea,
perpetuamente sitiada por la lluvia,
un reino siempre crepuscular y húmedo, goteante,
recubierto de limo, color de jaspe o resinoso feldespató,
como si un hálito de musgo permeara el aire,
como si una tenaz pátina de verdín o bronce nebuloso
saturara cada rumbo, cada rincón ahí.

Un mundo humedecido de líquenes creciendo,
una estéril penumbra opaca
que anega cipreses, tumbas, frondas,
un vaho fosforescente y turbio
esparcido en el viento, ondulante, negruzco.

Tal vez una eterna llovizna sea el talante del tiempo en esa región borrosa,
una lluvia pertinaz, desleída, tristísima,
un cortinaje de terciopelo y bruma.

Todo el tiempo está como pardeando en la patria de los muertos.
Brotos entre la tierra blanda, tallos
entre terrones y retamas, tubérculos,
dedos crispados, surcos, ramas grises, humo.
Quizá como un estruendo de ramas agitadas,
de caballos con cascos de trueno
sea la voz de los muertos.

Los muertos quizá viven el tiempo de la niebla,
un oleaje nocturno, ascendente y oscuro,
un orbe vegetal, grisáceo y pútrido.

Quizá el viento entre los árboles y no los sibilantes
murmullos que ascienden de grietas de la tierra
sea el sonido de la voz de los muertos.
Tal vez replegados en yemas de futuro nos aguardan
tenues, ramificados en la savia que se yergue delante de la luz.

Toda la tarde suena la lluvia oscura.
Tal vez deambulan bajo esa napa de gotas opresivas,
lejanos, ateridos, difuminándose, difusos.

Ánimas que se agitan en la boca del viento.

Un espejo, un espejo en donde se condense
el vaho moroso de la voz de los muertos,
una claridad, una lámina de luz, copa del aire,
para acoger sus diluidas palabras,
un estanque de contrición y duda,
ciega fulguración, ánima atormentada.

Aunque tal vez no sea cierto
y este impulso de dirigirme a ellos ,
este intento de oírlos
sea tan sólo una forma,
irrelevante, espuria,
de aturdir el olvido.

Tal vez lo que los muertos nos dicen sea el silencio,
un silencio *abismal*, que nos descoloca
y nos vulnera, despojándonos.

Tal vez ese silencio sea
un impulso secreto, incontestable
como la floración de fibras de hierro
en las facetas de un cristal,
olivina o piritita, proliferante, mohoso,
o la aspersión de granitos de arena
en el ramaje seco de una esponja fosilizada.

Tal vez es el reflejo
de un tiempo que está detrás del tiempo,
detrás de lo vivido y los recuerdos,
tal vez es su reverso, paralelo y ubicuo,
una capa de nada que está en todo
cubriéndolo, telaraña intrusiva.

(Tal vez las arañas aniden detrás del espejo.)

El silencio es como una marea levantada
por la luna febril de los muertos.
Tal vez quererles hablar los confine
a una zona indigente de angustia, quizá la voz
sea como una presión que los disemina y los desfonda
y los colma de ausencia
y no los pacifica.

Porque los muertos viven
el tiempo de la niebla.
y lo que ahí priva es el miedo.

En ese aire plumizo pululan mis muertos.
Los oigo trajinar en el umbral del año
bajo el cubierto cielo de pizarra
con un murmullo de élitros,
amargos como helechos,
indistintos, nudosos:
roce de cuerpos intangibles, sombras de sombras.

Cuchichean sobre los techos, en las losetas
del patio: un bordoneo incesante,
un desapacible susurro que se filtra
bajo el pretil de las ventanas,
entre los vanos de las puertas.

El pertinaz tamborileo trae sonidos,
frases, cadencias: vivacidad vacía.

Al filo del crepúsculo
mis muertos cuchichean:
alboroto de pájaros, chillidos, quejas.
Un jardín enlamado, una burbuja de cardenillo y niebla.

Dura, áspera, saliente como líquenes córneos,
como peñas recubiertas de líquenes es la voz de los muertos.

Follajes taciturnos,
un círculo de rocas apretadas,
un pardo tropel de casas, una heredad derruida.

Rumor de días rotos, de afanes sin retorno.
Opacidad de un tiempo inexpresable.

ELEGÍA LEJANA

¿Toda la vida fuiste únicamente un nombre:
tres armoniosas sílabas, y el ajado esplendor
de una fotografía de principios del siglo
pasado? Tu inasible existencia perdura
sólo en breves escenas, imágenes veladas:
el llanto de mi madre cuando hablaba de ti,
el fulgor de una hoguera, los ecos militares
del apellido Salas, la intensa, inolvidable
letra de una canción triste que te gustaba,
pormenores diluidos, delusiones que han sido
más que vagos recuerdos, una bruma tendida
deliberadamente, con aflicción tenaz,
sobre hechos y detalles de tu vida y tus cosas
para alejar la sombra de una nostalgia viva,
como si eliminar su efecto en la memoria,
ignorar su presencia, borrara su existencia.

Muerta en la juventud, cuando tus ojiverdes
hijas eran adolescentes, no alcanzaste siquiera
a imaginar qué rumbo podrían tomar sus vidas
ni de quién provendría tu farragosa estirpe,
mucho menos que un día esas inquietas hijas
--que adoraban los tangos y eran *fans* de las óperas
cuyas tramas tremendas actuaban disfrazadas
con ropajes de fiesta frente al ruidoso radio--,
que esas hijas, posesas de un furor incendiario
a tu muerte abrasaran todo rastro de ti:
cartas, fotos, vestidos, sombreros, guantes, libros,
esquelas, escrituras que ardieron consumidos
en la hoguera implacable, y con ellos la traza
de tu estar en el tiempo, buscando conjurarte,

librarse de un dolor que amagaba sus vidas
en el momento justo en que habían empezado
a saber que podías seguir las y apoyarlas.

La quemazón no pudo suprimir unas pocas
reliquias: dos o tres retratos, un collar,
una cruz, un anillo, un manojo de cartas
con tu letra menuda, atadas con un lazo,
las canciones que amabas cantar tocando el piano
y poemas de Nervo, cuyo amor transmitiste
a través de tus hijas intacto hasta tus nietos.

(No sé por que de niño cuando hablaban de ti
pensaba en la palabra “*Samarconda*” como algo
asociado contigo: el gusto de las aes
y la enes, quizá , ese aire de lejano
misterio, de conjuro o de hechizo, no sé.)

De todo esto me acuerdo ahora que contemplo
el único retrato tuyo que he conservado.
Apareces, abuela, en todo el esplendor
de tus treinta y tres años, delgada, de perfil,
con la suave belleza de un grácil camafeo,
el rostro levemente inclinado a la izquierda,
los labios apretados, un aire melancólico
velándote la cara, serena, retraída,
con un vestido negro de alto cuello bordado,
el largo pelo lacio recogido en un chongo
sujeto con un moño, la mirada distante,
como viendo hacia adentro con grandes ojos negros,
la nariz afilada y la piel olivácea,
con algo de princesa hindú o de beldad árabe,
sin que nada nos muestre –no había el menor indicio--

que pronto llegaría el tormento sombrío
de la tos y la asfixia a roer tus pulmones.

Te imagino esas noches reclinada en tu cama
acezando estragada por el fuelle inclemente
del asma asoladora. Al final tus pulmones
cedieron y una noche te azotó para siempre
la pugnaz pulmonía que terminó contigo.

Poco más sé de ti, abuela evanescente,
pero hoy quiero evocarte, aunque tu cercanía
y el calor de tu amor sean ya inalcanzables
mientras intento en vano, porque nada te guarda,
rechazar el asedio de una indócil nostalgia.

ELEGÍA TRISTE

La que ríe en el centro de esta foto
en el campo, con su joven esposo,
joven pareja, joven vehemencia,
joven beldad sentada entre los árboles
tan lozana y tan tierna que parece
haber sido fotografiada ayer,
el claro rostro vuelto hacia la cámara
con ese dejo de coquetería
que las mujeres que se saben bellas
suelen tener: los ojos entornados,
como si vieran lejos, la honda boca
humedecida, abierta, la cabeza
levemente inclinada, ¿esa muchacha
con el pelo revuelto que en el prado
acaba de besarse con su amante
y que nos mira con malicia limpia,
¿fuiste tú, abuela triste? ¿Quién hubiera
pensado entonces que muy pronto el miedo
la impiedad, la barbarie irrumpirían
destrozando tu vida, corroyendo
ilusiones, afectos, esperanzas:
el mundo que lograste edificar?
Nada en aquellas horas auguraba
la fiereza del dolor que vendría:
el suplicio, la aflicción de la pérdida,
los años de infortunio, la viudez,
la zozobra, la errancia vigilada,
estaciones de una pasión deshecha.

De una etapa no supe hasta tu muerte:
tu matrimonio con un abogado

probo que se hizo cargo de educar
a tus hijos, un liberal sensible
al que sin duda debo muchas cosas.
(Es curioso ignorarlo prácticamente
todo de alguien cuya influencia quizás
fue decisiva: gustos, fobias, hábitos,
pasiones transmitidas a través
del muchacho que luego fue mi padre.)

Envejeciste en un clima marchito
--un clima espiritual quiero decir,
víctima de la sombra de un marido
ultimado que no te dejó en paz,
que no descansó en paz, cuya tragedia
como un ánima en pena persiguió
cada uno de los días de tu vida.
Siempre he creído, abuela, que la muerte
atroz del general generó efectos
devastadores para la familia,
que lo sangriento de su sacrificio,
el horror excesivo, la sevicia,
los impactó, igual que las esquirlas
de una explosión, dañándolos, que el hecho
hirió profundamente almas y mentes
de los suyos, de los más inmediatos,
empezando por ti, que la violencia
destruyó algo esencial y que el quebranto
se extendió por una generación
lisiándola en cierto modo, torciendo
su voluntad, su fe: sobrevivientes
de una laceración y un desamparo
más crueles por ubicuos y difusos.

Vapor de estanques pútridos, niebla ardua,
emanaciones de cieno y de noche.

El aire no circula ahí, la luz
se empasta, los objetos, ay, naufragan
en un opaco mar de ecos discordes:
reflejos en una campana sorda.

Recuerdo muchas cosas de ti, algunas
entrañables: tonadas y canciones
que me cantabas, cuentos terroríficos
de aparecidos, sombras, hadas, magos,
las historias del Grial, que aún asocio
con tu memoria, las últimas obras
de Debussy o de Goya, y pocas veces
vagas reminiscencias de oraciones.
También ciertas anécdotas, corridos,
relatos, episodios, sitios, fechas
de la Revolución, dichas, desdichas
como la noche en que se quemó el huerto
o la historia de aquella hermana grande
asomada al balcón, atravesada,
sorda, imprevisiblemente por una
bala perdida en la Decena Trágica,
que cayó parpadeando a tus pies
cuando eras una niña, y cuya imagen
no te dejó jamás, hosco prelude
del dolor que los años te darían.

Me acuerdo: rememorabas esa muerte
y el brillo de tus mansos ojos grises
asediados ya por las cataratas
se ensombrecía; entonces comentabas
que algo debía quemarse en la cocina,
que el humo te picaba, y sin ambages

comenzabas a sollozar. O tu ira
tu vergüenza, tu mortificación
por las torpezas de tu hermana loca
en su senilidad, a veces cruel,
imprudente, mezquina, avara, tonta:
evocarla es entrar en las callejas
de una ciudad de adobe en el invierno,
una ciudad reseca, carcomida,
de polvosos baldíos, de paredes
derrumbadas y pozos azolvados,
vieja tía señorita y amarga
cuyo mayor placer era asustarnos
con la saga del viejo del costal,
del roba-chicos que rondaba la esquina
siempre listo a llevarnos si renuentes
nos portábamos mal, y nos ataba,
obtusa, a la piecera de su cama.
Ese *coco* mestizo, tremebundo,
espantable y volátil, nebuloso,
rondó muchos crepúsculos mi casa.

Vuelven, vagos o nítidos, instantes
donde tu ser adquiere consistencia:
tu tenue voz leyéndome la *Ilíada*,
sí, y a Kipling: *El Libro de la selva*,
mientras convalecí de una hepatitis.
Quizá no lo supiste abuela, pero
después de tus miríficas lecturas
me iba a acostar con la imaginación
en llamas: manantial de sueños, nombres,
sitios, actos, paisajes, ahora briznas
pulverulentas que el viento dispersa
en el sopor pardusco de la tarde.

Dos veces te perdí, abuela: primero
cuando después de la muerte del hijo
que fue mi padre, y que sus hijos, ásperos,
quisimos esclarecer, decidiste
echarnos de tu vida y de tu afecto.
Ya no volví a tener noticias tuyas.
Tu ausencia y tu silencio con los años
se volvieron escombros, grietas, sombras.
Queríamos saber por qué afirmaron
cosas sobre su muerte que mentían.
Al final renegaste de tus nietos,
de los hijos del hijo que adorabas
¿sólo porque no fuimos nada dóciles
a consentir la hiel de la derrota,
suspicientes e inquietos, y negamos
dispensarle la autopsia? ¿Fue eso, abuela,
fuiste hasta el final rehén de aquel encono?
¿Dejaste de querernos? ¿Lo lograste?

Supe de ti por otros: seguí así
tu ocaso, tu turbación, tu declive.
En los últimos años, perturbada,
perdiste la razón: te comportabas
como una niña, escondías las cosas,
mentías, te robabas las monedas.
Te encerraron en un asilo, a ti
que tanto temor, tanto asco sentías
de la degradación de la vejez.

Muchachita poblana, capullito
de rosa arrebatado por la furia
implacable de la Revolución,
¿qué me queda de ti? Polvo, terrones...

Vuelta a la tierra, fuiste siempre como
la tierra: arca reconcentrada, anónima .

Que en la honda pesadumbre de tus noches
estas palabras sean como el polvo
en el polvo: blandas en tu reposo,
aire sobre la tierra que se esparce,
fulguración y olvido de unas cuantas
partículas que se van con el viento.

ELEGÍA SONÁMBULA

En el solar de aquellas tías,
tragaluces muy altos y el fulgor
de un patio de azulejos
rodeado de plantas.

Corredores y cuartos: el vetusto
esplendor de una casa en Tacubaya
alta y sombría en mi recuerdo.

Precedida por una reja

doble de hierro forjado
daba al patio morisco
en cuyo centro se erguía una fuente
oxigenando a carpas rojas.

Macetas con helechos,
las graves mecedoras, en los brazos,
muy blancas, carpetas tejidas
al pie de esbeltas palmas.

¡Y ese olor a romero, a toronjil!
Tras las grandes vidrieras se extendían
hondas habitaciones habitadas
por un rumor de chales y de sedas.

Esas tías, ¿quiénes eran? La voz
de una de ellas, la tía Amelia,
que apoyaba sus dichos con sus pecosas manos,
no se me va a olvidar.

Casi nada retengo
de aquella casa augusta que impregnaba
la lenta emanación azucarada del anís.
Muebles como montañas,

cortinajes, un loro, la ley de los espejos
y una enorme tortuga de carey
disecada: fantasmagorías
de las que sólo queda la difusa
brasa que brilla en mi memoria
un instante y se extingue:
vestigios espectrales
de una añeja elegancia.

ELEGÍA TRÁGICA

A la luz de un violento relámpago regresas,
desfigurado y muerto muchos años atrás,
martirizado, acribillado, roto
por la insaciable codicia del poder,
prisionero en los hilos de una conspiración
astutamente urdida para cerrarte el paso.
No verás culminar una obra de gobierno
ni crecer a un linaje.

Te madrugaron, General.
Acabaron contigo
la prevaricación, la iniquidad,
la ambición sin escrúpulos.
De nada te valió confiar en los valores
que sustentaban y daban sentido
a la incipiente democracia.
Te eliminaron, se deshicieron de ti,
como quien elimina a un forajido
peligroso: con saña y sin piedad.
Y luego procuraron denigrarte
confinándote en esa región en que se pudren
traidores y golpistas, y al final
te descalificaron, repitiendo
que eras un fornicario,
borracho, parrandero y jugador.

Águila de alas rotas,
abuelo, ¿en qué creías?
Siempre he querido saber si la imagen
de irredento don Juan

que la familia, con un gusto ambiguo,
honró como el icono familiar
en realidad te correspondía.
En la sorda lucha por el poder,
en la compleja trama de traiciones,
insidias, sediciones, desafíos
en que se había convertido
la vapuleada Revolución,
¿nada que no hayan sido los placeres
de la exultante carne o los equívocos
favores del coñac
como un baldón dominaron en ti?
Dolosa imagen que privilegiaron
para justificar su crimen
tus fraternales enemigos.
Tu valor, tu talento, tu inmensa simpatía personal,
tu gallardía, tu proverbial generosidad,
¿fueron sólo una máscara?

En ese México áspero que se despedazaba,
¿qué pretendías? ¿Cuáles fueron tus convicciones?
¿Quisiste un país mejor, Tamborino?
Niño flaquísimo tocando en los mitotes de los yaquis,
marcando el ritmo de sus danzas
con un tosco tambor, acompasando
los giros incansables, las salmodias
y gritos junto al fuego, la ingestión
ritual de bacanora, la espinosa vigilia,
el río subterráneo de la conciencia integradora.
¿Aprendiste con ellos la razón de la tierra?
¿Qué hiciste años después, al regresar
para hacerles la guerra?

¿Los traicionaste, Tamborino?
¿Renegaste de lo que te enseñaron
o actuabas convencido
de la necesidad de contener
su rebeldía para consolidar la paz?
¿Por que luchabas?, di.
¿Quisiste alzarte en armas
como pretende la historia oficial?
Esa tarde en la sierra, junto a tus partidarios
detenidos y atados y vejados,
¿te percataste de lo que pasaba?
¿Comprendiste que te iban a matar?

Todos han pretendido exorcizarte:
El País, el Ejército, el Gobierno,
la Historia Patria, General.
Sigues siendo un fantasma, un cruento estigma
no conjurado aún, una presencia
como una cicatriz secreta,
como un Banquo que inquieta los afanes
de perpetuarse en el poder, que siempre
han tentado al gran tlatoani en turno.
Ese fue tu legado.

¿Puede alguien existir como una ausencia,
como un vacante surco en la memoria?
También en la familia fuiste como un espectro,
una trágica sombra que obsesionó los años
de los que te perdieron. Les faltaste
a muchos justo cuando más te necesitaban.
Ah, padre de mi padre, árbol talado,
abuelo por la sangre pero no por los actos,
figura tan distante como un ente ficticio

o una pura entelequia,
no conocimos, nadie en la familia
ultrajada y dispersa, la ternura,
la fuerza que podrías haber diseminado
ni el prestigio o la luz de tu abolengo.

Tus asesinos fueron asesinos
en serie: acabaron contigo y con tu causa
y aniquilaron sueños, esperanzas,
ilusiones, proyectos de los que eran tu estirpe.

Pariente legendario, tu memoria está hecha
de rencor, de nostalgia y de un confuso orgullo.
De tu ser y carácter solamente perduran
los rasgos y maneras del personaje público.

Me pregunto: ¿qué hubiera sucedido
--en el país, en la familia, en el gobierno--
si por encima del complot hubieras
conseguido sobrevivir, triunfar?

Sobre tu sangre derramada se cimentó el sistema
arbitrario y corrupto que por años
medró en este país. Tu sacrificio
selló un ciclo y abrió otro: el de la violencia
y la impunidad vueltas institución, política de estado.

¿Frente al piquete de soldados
que empezaban a disparar
vinieron a tu espíritu
imágenes sensibles de tu vida?
¿Recordaste los días cordiales de tu infancia,
cuando tu hermana mayor te enseñaba
a trazar las primeras letras sobre la arena

a orillas del río Fuerte? ¿Volviste
a ver los industriosos almacenes de Choix,
en donde trabajaste cuando eras aun muy joven
como avisgado tenedor de libros?
¿Pensaste en tus mujeres, en tus hijos,
en el menor, que llevaba tu nombre?
¿Evocaste tu triunfos militares
comandando las tropas,
también tú general invicto
curtido por batallas y tormentas,
los inconjeturables retos de la política,
la ruptura final con quien había
sido más que tu hermano,
jefe, cuñado, amigo,
el vértigo de la campaña
presidencial? ¿Te diste cuenta
de que tu vida se truncaba en plena cima?

En el lugar de la matanza
revivo pormenores
de tu pasión y muerte infames.
La luz en el crepúsculo de octubre
tiene el matiz de los remordimientos.
Una parvada de grajos desfonda
las copas de los árboles, graznando.
Vuelven el frío resplandor
en los ojos de tu verdugo,
las afrentas, los golpes,
la saña inverosímil,
el horror, las descargas...

El viento helado arriaba
toscas nubes color borra de vino.

Quizá comenzó a llover. Llueve,
ha seguido lloviendo sobre las 13 cruces
al borde del camino, a la orilla del mundo.
Un puñado de imágenes crispadas
en un bloque de tiempo.

ELEGÍA DIFÍCIL

Es confuso el recuerdo que conservo de ti,
flotante, ambiguo, neblinoso
como si las imágenes que evoca tu memoria
existieran detrás de un vidrio oscuro,
de un ventanal velado por la lluvia
donde las gotas al resbalar deformaran
(*sombras de ramas en un muro
medidas por el viento*)
los contornos de lo que ocurre al otro lado.

De esta indefinición subsisten
el dudoso tenor de unas cuantas anécdotas
y el nombre azul de una calle: *Camargo*.
En el número 15 tu casa de dos pisos
no fue un lugar de afecto.

Un portón de herrería daba
al vestíbulo ajedrezado.
La sala a la derecha, el comedor,
que casi nunca usabas, la cocina.
Olor a viejos muebles de madera.
Una desvencijada claridad.

La escalera llevaba al *hall* de las recámaras
y enfrente, junto al baño,
a un cuarto de trebejos mitológico,
tosca imagen del caos, donde arrumbabas
un cosmos variopinto: remisiones,
trueques, sobrantes, pagos
en especie, liquidaciones, saldos
del singular comerciante que fuiste.

Un bártro de muebles, cachivaches,
trastos, floreros, lámparas, viejas prendas de ropa
se apilaban ahí, al ritmo de un desorden
que fuiste acumulando con fruición distraída.

Lo recuerdo con pena,
como si fueran remanentes
de una función ajena, abuelo.
Árbol en cuyas ramas apenas me mecí.
(*La sombra de las hojas en el muro...*)

Me desasosegaban
tu ríspido sentido del humor
y tu voz pedregosa.

Sordo
del oído izquierdo, hablabas a gritos
girando la cabeza de un modo peculiar,
como un extraño pájaro
que viera de reojo.

Te recuerdo desaliñado,
sin rasurar (tu barba
de días nos picaba cuando
nos acercábamos para besarte),
enfundado en aquella astrosa bata
de franela, en pantuflas.

Sabías ser elegante, sin embargo,
muy erguido, con tus sacos de tweed,
tu sombrero de fieltro ladeado,
tus impecables bostonianos.
Salías (o llegabas, según la hora
en que mi madre nos llevara a visitarte)
de tu casa con una envidiable prestancia

— ¡más envidiable aún, ahora que pienso
que tenías setenta y tantos años!
¡Ibas a tus negocios!
Quién sabe qué recónditas
transacciones inmobiliarias.

Te extrañé, abuelo.

Cuánto

extrañé tener un abuelo.
No conocí esa franja
impecable de la felicidad.
¿Quién de los dos no supo
solicitar al otro?
Abrevé en el crisol
de nuestra mutua antipatía.
No fuimos compatibles.
Tú no me transmitiste afecto
y yo no te lo procuré. Sin duda
no pudiste dejar de ver en mí
la imagen de un yerno al que no quisiste,
que yo te recordaba.

Hostigado, no supe

cómo zanjar los baches de un asunto
que nadie me explicó
pero que padecí. Fuimos, abuelo,
un par de próximos desconocidos.

Te siento tan distante que no logro
imaginar qué genes de la sangre
en tus venas trasiegan por las mías.

(La sombra agita el corazón...)

Yo admiraba tu fuerza,
tu fuerza física, la consistencia

de tus bíceps, los duros músculos
del tórax, el abdomen,
tus muslos como postes.

Hasta el fin conservaste
tu notable vigor,
y el orgullo invencible
de haber sido un espléndido
jugador de beisbol:
jonronero temible y pítcher
astro de una liga *amateur*.

Y un tiempo también fuiste diputado,
electo por algún
polvoriento distrito del estado de México.
Vagamente me acuerdo
de vagas fotos tuyas vestido de jacquet,
presidiendo en la Cámara una áspera asamblea.
(*Las ramas en el muro
movidas por el viento.*)

No conservo ninguna
imagen de tu enfermedad,
ni de tu muerte, a mis once o doce años,
ni recuerdo detalles de tu entierro.

(Tendría
que haber estado allí.)

¿Te enterraron? Supongo
que entonces no era práctica común
cremar a los cadáveres.
Y he olvidado el nombre del panteón.

Convengamos: la vida

ELEGÍA NOCTURNA

Vuelvo a encontrarte después de tantos años, de tantos desencuentros,
de tanto hacernos bolas sin encontrar jamás el tiempo justo de franquearnos,
desde el volátil barandal de la infancia hasta los precipicios de la insolvente
adolescencia,
en las encrucijadas donde crecí, no sé si para bien,
lejos de tu cercanía, de tu suficiente y tan sabia sinrazón,
de tus alcances, de tus aspiraciones,
vuelvo a encontrarte y no puedo dejar de barbotar mi desconcierto,
mi dolor, la inaceptable ausencia de no haberte sabido,
de no haber tenido tiempo de saberte.

Te veo, remoto, desleído, en la temprana madurez de tus cincuenta
(que no cumpliste nunca), la piel oscurecida a la luz del crepúsculo,
como una fotografía que ha comenzado a borrarse roída por la humedad,
desvanecida en círculos de moho luyendo, royéndote los rasgos,
la ondulación lentísima del hongo como una migración y una sutura.
Rumor de hojarasca, de círculos escamosos.
Un solar abolido por la asechanza de la herrumbre.

Sueño a veces que llegas del fondo de la noche.
Tienes un aire ausente, como absorto en tus cosas.
De pronto parece que tuvieras la boca llena de tierra,
tu imagen adquiere un aspecto sombrío,
la in/consistencia de un espectro,
las órbitas vaciadas, los dientes carcomidos,
la boca abierta en una mueca amarga, como espasmo o sollozo,
como la momia infame de aquel minero en Guanajuato
con las ropas raídas, encogidas,
y los dedos crispados, como pidiendo algo,
en la mano el revólver con que te disparaste
(con cachas de nácar, incrustado de oro,

un revólver que había sido de tu padre),
macilento, cetrino.

¿Vuelves así desfondado, hueco
desde el fondo barroso de tus actos fallidos,
de tu tenaz aturdimiento?
Padre, ¿que ha quedado de ti?
Esa sombra que se desliza en las orillas del crepúsculo, ¿eres tú?
Pienso que quieres decirme algo,
agitas el brazo con un ademán de impotencia.
La reverberación y la angustia estampada en tus rasgos
reblandecidos bajo ese escorzo escaldan.

Hablar de ti, poner en el papel en perspectiva tu recuerdo,
me produce un dolor impronunciable, un dolor moral.
Como una veladura que se cierne detrás de muchas capas de aire
en la inclemencia de la hora vengativa.
¿Es así el infierno?

Veo los paisajes donde solías llevarnos de niños:
el escamoso pedregal tapizado de yucas, palos locos, estrellas de San Juan,
las lomas amarillas cuajadas de magueyes camino al Desierto de los Leones, tierra
arcillosa,
los bosques de pinos y oyameles en las inmediaciones de la ciudad,
el policromo cárcamo de Lerma, las cuevas de Teotihuacán.

Me doy cuenta de que ha empezado a llover en mis recuerdos.
El otoño crepita en cada hoja,
rumor de seda o cañas golpeadas por el viento,
rumor de ásperos juncos, de cardos en las córneas,
de retorcidas ramas al romperse,
un roedor atareado rayendo una bellota,
un crujido de duelas en el piso.
En invierno solíamos salir a la montaña.

Íbamos a recoger “basura” para el Nacimiento:
troncos, guijarros, rocas, ramas, tierra
que luego tú meticulosamente disponías
(siguiendo a tu admirado maestro Pellicer)
en deslumbrantes escenarios miniatura.

Transfigurado en mago indicabas la ruta,
decías en qué sitios nos debíamos detener,
qué tipo de piedras y troncos recoger,
qué forma de qué rama convenía o cuál manchón de musgo o líquen
entrarían en la composición del paisaje recreado.
De vuelta construirías con aquellas minucias
un pasmoso universo en la cochera de la casa.

Como un demiurgo ordenabas el orbe.
Habías trazado una bóveda y distribuido las constelaciones,
establecido la duración del día, el ritmo de la noche
y señalado un sitio al alba y al ocaso.

“Aquí irá la montaña, en este extremo el río, allá el pueblo.”
Y remojabas grandes pliegos de cartón
para dar forma a las montañas
que barnizabas con pegamento
y luego recubrías con musgo y tierra.

Durante largos fines de semana te afanabas
en la reproducción de un vívido paisaje
que serviría de marco al hecho navideño.
Recomponías y retocabas figuritas de barro
para hacerlas representar los gestos que querías:
brazos y piernas rotos y vueltos a pegar,
pastores adorantes, ángeles, peregrinos,
cabezas ranuradas para hacerles brillar una aureola de luz.

Amabas sorprender, y así un aspecto notable de tu ingenio
se consagraba a los efectos especiales:
nubes radiantes de las que surgían al oscurecer ángeles flamígeros,
montes que se iluminaban dejando ver en su interior al pesebre y al Niño,
un paraje oculto donde, en mitad de la noche, resplandecía
una inquietante prefiguración del Gólgota.
Había música, *crescendos*, trozos de gran lirismo:
un ámbito propicio.

Muchas veces fuimos al campo a recoger la exultante materia prima.
Días de campo o excursiones festivas con adultos.
A veces, niños al fin, nos quedábamos solos.
“No se muevan de aquí, no nos tardamos.”
Silbidos, trinos. El viento en los follajes.
El más hondo silencio.
Una patria abdicada.

Recuerdo la olorosa humedad de la tierra esmaltada de musgo,
tréboles y musgo y agujas de pinos fragantes iridiscentes de rocío,
los líquenes trazando en la piel de las rocas los círculos de su expansión lentísima,
avanzadas de minúsculas torres grisáceas, alcázares, ciudadelas, lagos:
ondas reverberando en la mojada superficie de la piedra.
Navegaciones fabulosas.

El bosque guardaba intacta la magia de lo desconocido,
una imagen palpable del poder transmutador de la naturaleza.
En cualquier sitio podría alzarse un castillo, detrás de cada piedra, de cada árbol
acechaban seres prodigiosos, duendes, chaneques, hadas.
Había que irse con cuidado. La tierra se cubría de una neblina opaca,
una manta grisácea y ondulante tendida hacia otro mundo.
La tierra del altiplano ennegrecida, los claros, las veredas,
el vaho de nuestra respiración en el aire de la mañana de diciembre.
La luz entre las ramas caía con un fulgor de vidrio.

Llovía luz, las hojas refulgían,
el aire del invierno recortaba
con una intensidad de nácar
la bóveda azulísima.
Bajo la inmóvil sombra de un encino
un cenizote exploraba
con su canto la soledad en torno.

Vuelve su eco exterior e imprevisto.
Recuerdo otros parajes y otros tiempos:
el cuento alucinante de Katchei y del pájaro,
los poemas al paisaje y al mar, el mar,
la amistad de la música,
tu afición a los toros llevándome a corridas
y a un tenso aprendizaje
de ciertos rudimentos del arte de torear,
puesto después a prueba
en tientas y festivales pueblerinos
(no compartí ese amor.)

O una noche en que fuimos a ver, “para formarme”,
un vulgar pero intenso espectáculo lúbrico.
Parejas de ocasión, noctámbulos, un orbe fantasioso.

Temblé con los ojos vidriosos
ante una voluntariosa pelirroja que fingía una felación
y luego, gimoteando, cabalgaba a su espectral pareja.
Fuerte olor a sudor, a perfume barato.
Aún flotaba al subirnos al coche.

Nubes color de guata en un callejón.
Pulsan las farolas del alumbrado público.
Su luminosidad traza en el asfalto sinuosidades, estrías.
El semáforo desperdiga regueros de rubíes.

Detenidos, fluida luz de magnesio.
Una mujer en el auto contiguo, muy bella, borrachísima,
lasciva y serpenteante se repega al hombre que conduce.
Por un instante veo sus hermosos ojos intoxicados.
Tengo 12 años y confusamente percibo
y me estremezco alterado al pensarlo
que pronto esa belleza desnuda y suplicante
gemirá de verdad en brazos del zafio acompañante.
(La belleza, la belleza física tendría
que tener un mejor destino, pensé.)
Quemante, turbadora, la imagen del deseo en sus ojos
no me ha dejado.

Un domingo llegaste, cosa infrecuente en ti, sombrío, meditabundo.
Hablaste de compromisos, de difíciles retos,
de fechas perentorias.
Y añadiste
“Quizá no lo veamos.”
¿Te acuerdas? Habíamos entrado, sin saberlo,
en el reino de la premonición,
esa tierra de nadie en donde naufragamos todos.

Protestaste, con una urgencia incomprensible,
porque habíamos decorado
nuestro cuarto de adolescentes tremebundos
con una cruz de piedra, robada de un panteón.
“No me gustan las cosas de los muertos,
traen la muerte”.
Apenas registramos tu aprehensión, tu vehemencia.
Tus palabras: guijarros hundiéndose en la indolencia de un estanque.
¿Quién hubiera dicho que menos de una semana después
volveríamos incrédulos, inconsolables, de enterrarte?

El domingo siguiente, una tarde de nubes como cordilleras
llevamos la cruz hasta una colina a orillas de un barranco
en las inmediaciones de la ciudad. El perfume
de los suburbios, turbio y dulce. Irreal.
Graznidos de pájaros, algún claxon lejano.
Cargamos la detestable cruz
y la arrojamos al fondo del barranco.
Rebotó, rodó, levantó polvo.
Sequedad del aire, sequedad del cielo enorme de abril.

Entonces un viento como un árbol de sombra se levantó
de pronto, una tolvana, un trasco de polvo y hojas secas,
silbando, rodando cuesta abajo, envolviendo la cruz como una despedida.
Palabras deshaciéndose en la boca,
hongos enmohecidos.

¿Qué te impulsó a abandonarlo todo,
qué agravio insoportable te rompió, papá?
¿Te fastidiaste de lidiar con la pobreza,
ese enemigo que no pudiste derrotar?
¿Te socavaron las desilusiones políticas,
la cicatriz de tu orfandad

(“Despójame del miedo
que me causa tu rostro”,
le escribiste a tu padre asesinado),
la nostalgia de tu brillante juventud?

Todo convergía para afirmar en ti
un sentimiento de errar fuera del tiempo,
de no pertenecer al tiempo que vivías.
¿Quién o qué determina
los verdaderos atributos de un hombre,
quién tiene razón?

Muy joven te marearon en los pasillos del poder,
en los salones de Palacio,
los seductores de la corte
te ofrecieron, buscador de tesoros, los halagos
del privilegio y la fortuna.
Te utilizaron, te engañaron.

Al final

te trituró su tortuoso engranaje,
los enjuagues de la ambición política.
Creíste que ese oropel podía ser tuyo.
Perdiste peso, encandilado y te embarcaste
absurda y peligrosa, ingenuamente,
en una empresa para ti mortífera.
Te hicieron contradecir de tus orígenes
y planteaste la reelección del presidente Alemán.
Cuando te percataste de tu error era muy tarde.
La prensa se ensañó, te repudiaron,
tu inmaduro prestigio vuelto polvo.
Quedaste como marcado, señalado:
echado de tu tiempo.
A partir de entonces comenzó tu declive.

Muchos años después, en la vigilia del alcohol,
entre los versos de algún libro
o en la estulticia de un escritorio burocrático
¿comprendiste que habías dilapidado tus talentos
y esa visión te atenazó?

Pero ya ninguna contrición tiene sentido
No eres más que una esbozo
y una lamentación y una sombra,
huésped oscuro de mis sueños.
Porque has muerto del todo.

ELEGÍA MATUTINA

1

Ahora que los días parecen impregnarse de la melancolía que siempre rodeó tu rostro, tu mirada, tus cosas,
que el trajín de la lluvia se empeña en borrar cualquier rastro que me queda de ti, diluyéndolo, distorsionándolo las gotas,
bajo esta opacidad que bruñe las esquinas, empaña las ventanas, difumina el perfil de los árboles erguidos temblando contra el cielo,
que la mañana emerge humedecida por esta luz obstinada y fina, impenitente como una veladura que enmascara los contornos del mundo
y pone con su tristeza calosfríos en el alma, ahora que el estribillo de la lluvia machaca sin descanso la rememoración, la añoranza,
nublando nuestra percepción, emborronando los perfiles, ateriéndolos,
todo el tiempo el mismo aflictivo rumor al caer, la insistente percusión de la lluvia, sus dedos de agua tamborileando en los parches del alma como un percusionista demasiado incisivo,
quisiera preservar, poner en orden en las recámaras del corazón la multitud de instantes: emociones, sentimientos, recuerdos,
predilecciones, manías, gustos, rechazos en los que te has convertido y en los que de alguna manera sigues viviendo en mí:
la calle en que vivíamos, adornada por un camellón donde se erguían, retorcidas y augustas, las fulgurantes jacarandas,
una reja de hierro que cercaba un jardín de rocas y de rosas, una escalera con barandal girando a la derecha, un cuarto cuyas ventanas daban a los volcanes, una terraza con piso de ladrillo,
la respiración de un hermoso *setter* irlandés arrollado por un automóvil que agonizaba en el asfalto cubierto de pétalos lila, y a cuyo lado alguien, una mujer, sollozaba mientras tú procurabas alejarnos de ahí,

algunos objetos traídos después de un largo viaje: figuritas de metal y de barro,
lienzos de seda, un prendedor y un anillo de ámbar, la escultura de una mujer
en ébano, un vaso de cristal, un barómetro,
el jardín de tu hermana en el Pedregal, olas de lava lamiendo altas playas de flores,
un esplendor perdido,
la risa de tu amiga pianista, que vivía encerrada y hablaba con espectros, divertida y
temible, locuaz en su locura inofensiva.,
los relatos del tío periodista, desorbitado, fiero y corrupto, bebedor implacable,
que buscaba tu sensatez, tu temple para templarse él,
su mujer, tu hermanastra, elegante y excéntrica, los viajes a Tezcoco y a Puebla, los
paseos a caballo, muchos días en el mar,
la casa de Mixcoac, sus arcadas de piedra y sus altos fresnos, su patio de adoquines,
su claridad cordial,
el verdor de tus ojos cuando hablabas de tus días de estudiante en Boston e ibas los
fines de semana a escuchar música,
o cuando hablabas de la pira que encendieron tus hermanos y tú para librarse del
asfixiante recuerdo de la madre muerta,
imágenes de ti que conservo y que en esta mañana gris de julio han vuelto con su
cauda de luces, con sus estampas de guardar, sus cromitos de niebla:
regresan a inquietarme, a hurgar en las comisuras de mis sienes, a erigir su tinglado
de aflicción y tristeza donde no cabe más que el placer de la reminiscencia.

Curiosidad, tenacidad, entusiasmo, sed de lecturas, el amor de la música, la
templanza, el fiel de los ancestros, eso eras.

La intersección de estas formas traza algo de tu perfil, que va adquiriendo una
concisa pátina bajo la tarantela de la lluvia que cae deslavándolo todo.

El cielo, que ha hecho agua, trae ahora tu imagen, mamá.

Tu cuarto olía a caoba y a rosas, a flores de jardín, a musgo tierno, los objetos apenas se atrevían a existir muy quietos en sus sitios esperando tu vuelta, lámparas, perfumeros, libros, el ropero, la cama, el espejo, todo parecía susurrar en las horas acuosas de la madrugada que contenía la respiración aguardando como el que al borde de un desfiladero no decide cual pie desplazar, y un vuelco de alegría aliviada los inundaba al oír que las duelas del pasillo crujían bajo el peso de tus pisadas, al alba, cuando volvías de tu trajín nocturno, estragada por la exigencia de una tarea sin pausa, fatigada por su ingrata tensión a lo largo de salas y pasillos y cuartos del hospital donde como un hada, nimbada y blanca, velabas una noche sí, una no, y entrabas sigilosa para no despertarnos a pesar de que en unos minutos deberíamos levantarnos para ir a la escuela, gabrielito, adrián, maría, y fingías dormir hasta que entrábamos a darte los buenos días, a despedirnos, como si no te hubieras ausentado, como si toda la noche hubieras estado ahí y la vida anduviera su curso normalmente, leona obligada a alimentar a sus cachorros, dormidos en la noche y vigilantes en el día, te diste con rigor a la tarea de afirmar un hacer acuciante y difícil. ¿Cuántas noches en vela pasaste, navegante de golfos sombríos, recorriendo caletas purpúreas, evadiendo remolinos y arrecifes y riscos del no dormir? ¿En la deriva de esas noches sentiste que la oscuridad se espesaba sin remedio y que sólo era posible avanzar a tientas y que el mundo ante ti se deshacía como una telaraña? ¿Pensaste alguna vez que nada podría tener sentido, que tu vida podría muy bien ser ilusoria o inútil, que al final de ese túnel no había nada, que quién sabe, y el alba te salvó?

Una respiración de palabras secretas: el mundo era unas salas de hospital.

En el jardín, flores y arbustos: hortensias, gardenias, dalias, el palo loco y sus dedos
crispados, su melena amarilla, su baba verde,
las florecitas de San Juan, polvo astral sobre crespas colinas de lava ondeaban en las
inmediaciones de Cuicuilco,
recogíamos tarántulas, raíces, flores, grillos, piedras, cada excursión procuraba su
cuota de vida para ser observada,
o en los bosques de Hidalgo, junto a las peñas, las hojas se cerraban, púas de pinos
y bayas de eucalipto, piñones de oyameles, hojas sobre la tierra leonada,
heno, ramas de cedro, cortinajes de musgo gualda, la claridad cremosa de un claro
refulgendo, campanas de luz,
o aquella navidad que debiste hacer guardia y nos quedamos a celebrar contigo, los
pasillos brillaban con una luz metálica,
un resplandor violento y azuloso que hacía más opresiva la atmósfera desolada de
aquellos muros,
los cuartos en sordina despedían destellos fosfóricos: país de estrías de vidrio, país
de púas, ácido y enconado,
seres de blanco, ángeles fantasmales en las reverberantes salas, las enfermeras
meticulosas, blancas, nítidas, beatíficas, aladas casi parecían no dejar nunca de
circular, su paso me alteraba,
deslizarse de zapatos con suelas de goma en las losetas enceradas, chirridos, pasos,
cofias, la singladura de una navegación angulosa y profusa,
pasos, susurros, pasos, tintineo de frascos de vidrio, rodar de llantas de hule sobre
la lisa superficie,
olor a mercurio y a yodo, olor a ropa sucia, a sudor, a punziones, murmullos,
cuchicheos en los cuartos,
cicatrices que no terminan de cerrar, pústulas reventando, puertas que se abren con
un chasquido húmedo, quejas, susurros,
un sonido suave, un golpeteo, un rumor acercándose, un chirrido aproximándose
por los corredores,

el frú-frú de las medias de nylon al rozarse en los muslos, pasos, pasos en el linóleo,
crujido de suelas de goma,
cofias blancas en la luz espectral, temblor de vidrios, de frascos agitados bajo un
lustre de luz fluorescente: un ámbito narcótico.
Adiós ahora, adiós, adiós.

4

Ojos de polvo, facciones de polvo, ceniza, hojas revueltas, remolinos oscureciendo
las ventanas que dan a los fragmentos de un territorio mítico:
las hondas galerías del Museo de Moneda, la tumba de Pacal (entonces no sabíamos
su nombre), la ciudad de los dioses, los yerbazales de Tepexpan, corredores y
salas de Tepetzotlán y de Acolman,
que en ciertos rincones, entre las vigas, en el remate de los arcos, en el
entablamento de algún friso, continúan reflejando algún aspecto de ti
fieles a la pasión que te hacía recorrer, ligera, sus espacios y subir y bajar y cruzar
referencias y fechas y motivos arrebatada por una emoción y una sed
contagiosos.
Bajo la telaraña de la lluvia surgen otras vivencias: la nieve en la ciudad, esa mañana,
por todas partes, en las banquetas y copas de los árboles, cuando el invierno izó
en el altiplano sus pabellones de seda violeta o blanca,
sus guirnaldas de niebla, sus cortinas de luz helada, y tú nos llevaste a verla, nuestro
gozo infantil bajo los copos, las chimeneas prendidas en aquella casa en el
Chico,
los poemas de López Velarde que me leías, tu temprano entusiasmo por Rulfo, tu
devoción por Kafka,
vigilante cuando bordeamos el abismo, admiradora de los jóvenes: los juglares
ingleses, el poeta-filósofo, las piedras,
supiste ejercer tus simpatías transportando estudiantes aquel otoño del 68, cuando
creímos que el tiempo se movía de nuestra parte.

Lánguida, susurro sosegado, la lluvia hace añicos edificios, esquinas, casas en los charcos donde se ahonda el reflejo de la ciudad,
Insurgentes esquina con Reforma, y un poco más allá, la incipiente caligrafía de los anuncios luminosos centelleaba en todos los puntos de la glorieta,
el pulso de la noche bajo la empalizada de la lluvia ensanchando sus tentáculos, sus galerías, sus compuertas,
hojas, susurro de hojas, el telar de la luna, el patio bajo la lluvia, pasos, la barda con la jardinera donde la yedra alzaba su cerca de verdor: luz de agua encharcada,
un vaho gris pardusco en los espacios de la casa que tu ausencia tiñó de una coloración parecida a márgenes de ríos, a pantanos y sombra.

Cierra los ojos y ve.

5

A veces la oscuridad se hace tan densa que tenemos que palpar con las manos, tentar en las tinieblas para poder seguir.
Ángeles tristes, cruces, columnas rotas. Susurros. Un viento áspero, polvo, arena, lodo, vapor, humo en todas partes, niebla gris. Madre,
déjame oír lo que no oigo, déjame estar más cerca. ¿Dónde estás? ¡Si pudiera abrazarte sin que te desvanezcas como un sueño!
Madre, créelo, puedo oír tu respiración, la sombra clara sobre el muro, más cerca, como un rostro con los ojos vendados. ¿Me quedaré con algo? Coronas mohosas, polvo muerto.
¿De quién eran los ojos con que vi las tumbas de los reyes en la basílica que me pediste ver por los tuyos? ¿Las viste tú a través de los míos?
Pienso en ti, e imagino que te desprendes de la sombra e irrumpes y vienes a mi encuentro, y por un instante estás aquí, con tu determinación y tus maneras árabes, con tu nariz hindú, tus ojos de gitana, tu pragmatismo,
con el sonido ronco de tu voz, con tus manías y tus supersticiones, con tu cáncer, tu ineptitud en la cocina, tu propensión al sufrimiento, con tu curiosidad bienhechora, tu gusto por la música.

De regreso a la tierra, hundida en los surcos de las llamas, como una mata de salvia
que asciende hasta la casa del amor,
paz a tus cenizas donde ahora reposen: rumor de alas que levantan el vuelo, se
hunden en lo oscuro y no volverán.

VAHO

Vivimos en un sueño,
la muerte nos despierta.

Prístinos, impalpables
habitantes de un triste
reino sin concesión.

Ojos secos, ausentes,
yermos cuerpos ajados,
párpados sin reposo,
las bocas desdentadas.

No reposamos nunca.

Vagamos en la sombra
bajo un cielo sin astros.

Espíritus violeta
en una espera fútil,
somos los postergados,
los sin voz, los insomnes.

Nos movemos en círculos
en las tristes llanuras
de una tierra sin lágrimas,
tierra de desmemoria,
negro país de púas.

Como enconado viento
sobre la hierba seca,
como agua rebotada
en el turbio albañal,
inquietamos tus sueños.

Somos las descarnadas,
ánimas sin sonido
siempre ausentes, errantes.

Dando vueltas sin término

existimos tan sólo
en un vano del tiempo.

Huesos, cenizas: polvo
levantado en el polvo,
un poco menos que aire,
mucho menos que nada.
Bultos informes, sombras
sin color, cuerpos vacuos
sin sentido y sin eco.
Venimos con la lluvia
de dedos contrahechos,
como una brisa terca,
como una insinuación,
Somos la niebla estéril,
el viento entre los árboles.

Habitamos un hueco
en el hueco del tiempo.
Cabezas desfondadas,
ojos llenos de tierra,
las manos suplicantes.
Despechados, traemos
desconfianza, temor.
Como nubes flotando
sobre un estanque lívido
viajamos en tu sangre:
grumos, aire: un erial
en un reino baldío.

Rotos padres transidos
sin ardor y sin música
nos movemos en círculos,

silenciosos, exiguos.
Somos tu descendencia:
la esencia y la experiencia,
¡la muerte por venir!
Nos movemos en círculos.
Toscos, torpes, sombríos,
aridez, aire nulo.
Somos la agria memoria
que anula los recuerdos.
Penosos, impalpables
habitantes de un triste
reino sin concesión...